

CIUDADES DE CINE

Francisco García Gómez y Gonzalo M.

Pavés (coords.)

Madrid

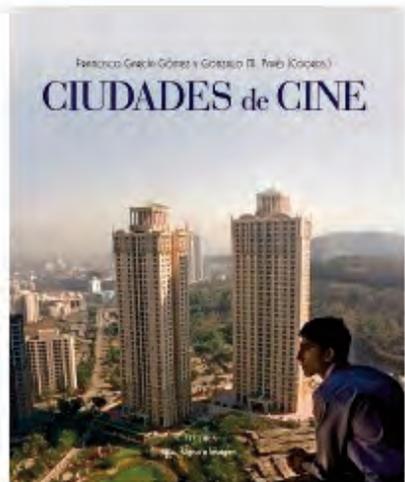
Cátedra, 2014

534 páginas

25 €

DOI: <http://dx.doi.org/10.15366/secuencias2016>.

43-44



La presente reseña no puede ser —me atrevería a decir que no debe ser— una reseña normal, concebida desde la asepsia que impone la aproximación crítica a una obra. El libro *Ciudades de cine* es, sin duda, una bella iniciativa cuyas páginas nos acercan a los distintos imaginarios filmicos que el cine ha construido a partir de la geografía de las urbes más destacadas de nuestro planeta, así como una útil obra de consulta y, asimismo, un texto fruto del talento común de un número más que apreciable de escritores cinematográficos. Pero el volumen que nos ocupa es algo más. Los azares del destino han querido que, además, se dé la circunstancia de que *Ciudades de cine* constituya también la obra que incluye uno de los últimos trabajos publicados por el profesor Alberto Elena. Por tanto, no puedo sino comenzar este texto rindiendo homenaje a quien fuera

maestro, amigo y hombre excepcional. A estas alturas, y después de los homenajes que se han dedicado a su figura, quizá afirmar una vez más que su pérdida ha dejado un doloroso vacío en todos aquellos que lo conocimos y lo admiramos suene ya a repetitivo. Pero no por ello deja de ser verdad. El texto que se incluye en el volumen aquí reseñado, que se centra en la ciudad de Tánger y cuyo subtítulo coincide con el de la celeberrima tonada de *Casablanca* (Michael Curtiz, 1942), «*As Time Goes By...*» despliega —a pesar de lo limitado de la extensión del capítulo, apenas nueve páginas— las señas de identidad que han marcado la producción crítica y ensayística de Alberto Elena. Así, no podía faltar un apunte de su sabiduría sobre cines periféricos, tema en el que sin duda llegó a ser el experto de referencia en nuestro país, aquí plasmado en esas menciones, que recorren el texto, a las producciones marroquíes relacionadas con la ciudad de Tánger. Pero, con igual soltura, se pasa revista a otras cinematografías sobre las que ha proyectado su sombra la evocadora urbe —desde el cine norteamericano a los cines europeos, desde las producciones del Hollywood clásico hasta las entregas de las sagas de Bond y Bourne, sin olvidar, por supuesto, el cine español—, detalle que a uno no puede sino hacerle evocar ese conocimiento profundo, omnímodo, desbordante sobre la historia del cine que siempre acompañaba a Alberto y que, en el momento menos esperado dentro de cualquier conversación, podía aflorar bajo la forma de una sorprendente mención a alguna película ignota de cualquier género o nacionalidad. Y, por último, no me olvidaré tampoco de mencionar las pequeñas citas teóricas diseminadas a lo largo del capítulo, que aluden tanto a estudiosos marroquíes como a clásicos de la talla de Roland Barthes. Sin duda, el interés por la teoría como base del discurso crítico, siempre como apoyo al hilo de la exposición del texto y nunca como ejercicio de erudición gratuito, constituye otro de los rasgos definitorios que siempre he asociado a la obra de Alberto. Cerrado esta suerte de prólogo, más emocional

que crítico, debemos decir que los coordinadores de la obra, Francisco García Gómez y Gonzalo M. Pavés, acometen con este volumen una labor necesaria, que llena un hueco en la bibliografía cinematográfica española. Dicha labor se podría resumir en tres puntos fundamentales. El primero, reflexionar sobre cómo se ha ido construyendo (de qué modo y con qué resultados) lo que podríamos llamar la identidad de las grandes ciudades del orbe. Los mecanismos que han acabado bosquejando los trazos con los que cada una de las urbes han quedado fijadas en el imaginario colectivo son variados: en algunos casos, toda la ciudad se halla asociada a la imagen de algún monumento particular, que, al adquirir un profundo valor simbólico, acaba representándola en un ejercicio de metonimia; otras veces, son sus calles el elemento identificador, o un ambiente, o una sensación asociada a sus espacios físicos... Es innegable que el cine ha sido uno de los medios que más ha contribuido a consolidar imaginarios geográficos y a cimentar su presencia en la imaginación del público, hasta el punto de conseguir que muchos espectadores se sientan plenamente familiarizados con latitudes y coordenadas urbanas que jamás han frecuentado personalmente. De ahí que el análisis de las formas en que las imágenes cinematográficas han representado a las ciudades —a veces bajo un pretendido afán de veracidad documental, otras veces bajo los inevitables prismas distorsionadores introducidos por géneros como la ciencia-ficción o el *thriller*— constituya el segundo de los puntos antes mencionados que guían la obra. El tercero, no podía ser de otro modo, se refiere a la visión del público. Una cosa es cómo el director —sea de un film autoral o de una película de marcada orientación comercial— decida representar los espacios de la ciudad; otra cosa es cómo el espectador realmente lo perciba. Veintinueve son las ciudades elegidas para llevar a cabo esta indagación, a la par geográfica y cinematográfica, distribuidas entre veinte países de los cinco continentes. Si hay una cinematografía que haya dejado su impronta sobre la imagina-

ción colectiva de todo el mundo es, sin duda, la norteamericana, por lo que no podían faltar cinco de las ciudades estadounidenses de mayor estatus icónico, cuyos recovecos son bien conocidos por millones de espectadores que jamás las han pisado: Nueva York, Washington D. C., Los Ángeles, Las Vegas y San Francisco. Pero la presencia en el libro de la cinematografía de Hollywood, por supuesto, también se extiende más allá de tales capítulos, pues no en vano bajo sus parámetros hemos conocido las más variopintas visiones de todas las grandes urbes del mundo. Tampoco podían faltar las grandes ciudades europeas —gozan de capítulo propio París, Londres, Roma, Berlín, Moscú, Lisboa, Venecia y Viena— sin olvidar la presencia española, circunscrita a tres ciudades —Madrid, Sevilla y Barcelona—. Los capítulos dedicados a latitudes asiáticas o africanas —Bombay, El Cairo, Estambul, Hong Kong, Pekín, Shanghai, Tánger y Tokio— inevitablemente recogen la fascinación evocadora y sugestiva —si bien harto estereotipada en el cliché— que siempre han ejercido en las cinematografías occidentales, pero sin eludir tampoco la exploración de la mucho más desconocida aportación de las propias cinematografías nacionales al imaginario filmico de cada ciudad. Cuatro ciudades americanas —México D.F., Buenos Aires, Río de Janeiro y La Habana—, así como una australiana —Sidney— cierran el recorrido geográfico del volumen, pero no ponen punto y final a los textos de la antología. Aún se añaden tres capítulos que abordan la configuración iconográfica del espacio urbano desde tres géneros tan señeros como el cine histórico (subvariedad péplum), el *western* y el cine de ciencia-ficción (subvariedad apocalíptica). Tales capítulos suponen un adecuado contrapunto a los antedichos apartados centrados en ciudades concretas, aportando un enfoque transversal al contenido del libro. Quizá se echa de menos no haber profundizado más en el mismo dedicando algún capítulo adicional a algún otro género. En particular, hubiera sido deseable —al menos para quien esto escribe— contar con un

capítulo dedicado a un género tan ligado al ambiente urbano como es el *noir*. Empero, dicha ausencia se ve paliada por el comentario que se dedica a la representación de la ciudad en el cine negro en el interesante texto introductorio con el que los coordinadores abren el volumen.

Dentro de los capítulos dedicados a cada una de las ciudades, resulta ineludible la presencia de las correspondientes listas que componen la filmografía centrada en cada urbe. Las limitaciones de espacio hacen que los autores no puedan prodigarse excesivamente en el comentario de cada película; aun así, la mera exposición de títulos, muchos de ellos desconocidos o difíciles de encontrar por estas coordenadas, hacen del volumen una excelente herramienta de consulta, como libro de referencia. Pero, además, en cada capítulo queda espacio para añadir, aunque sea mediante pequeñas pinceladas, comentarios que ahondan en aspectos muy particulares de las representaciones cinematográficas de cada una de las ciudades —ahí van unos ejemplos: el micro-ensayo que Valeria Cam-

poresi introduce sobre las apariciones audiovisuales de la Piazza Navona en su interesante discurso sobre Roma; el breve comentario crítico que en su excelente disquisición sobre Washington D.C. nos presenta Carmen Guiralt al hablar de la virtual ausencia de la población negra en las representaciones de la capital estadounidense en el cine norteamericano; la necesidad de considerar la influencia que, por contraste, ha ejercido otra ciudad (Casablanca) en las aproximaciones fílmicas a Tánger en el ya mencionado texto de Alberto Elena, etc.—. En definitiva, el libro cumple sobradamente con los objetivos que sus coordinadores plantean en la introducción: los autores de los treinta y dos capítulos que componen esta voluminosa obra nos ofrecen, cada uno desde su óptica personal, una mirada única y cinematográfica sobre las grandes urbes mundiales que siempre han cautivado —y siempre cautivarán— nuestra imaginación como viajeros y espectadores.

Pedro Gutiérrez Recacha